

Marta Barrio
LEÑA MENUDA



Una joven vive con ilusión desbordada la confirmación de su embarazo. Comienza un carrusel de planes junto con su pareja para adaptar la casa al nuevo hijo, elegir el nombre, imaginarse la vida con él. Una mañana ocurre un pequeño incidente camino del trabajo: en un atajo por un parque, le sorprenden unos perros que la derriban antes de que la dueña pueda contenerlos. En el hospital, confirman que el feto no ha sufrido daños, pero un doctor experimentado ve algo raro en las ecografías que debería haberse detectado previamente.

Índice de contenido

Cubierta

Leña menuda

I. La línea de deseo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

II. Luciérnagas

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

III. Pictogramas

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

IV. Estrella fugaz

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

V. De tartas de limón, plantas secas y bellas durmientes

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

VI. El petirrojo y la serpiente.

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Sobre la autora

Notas

MARTA BARRIO LEÑA MENUDA

El pasado septiembre de 2021, un jurado integrado por Almudena Grandes, en calidad de presidenta, Antonio Orejudo, Eva Cosculluela, Bárbara Blasco, ganadora de la anterior convocatoria, y Juan Cerezo, en representación de la editorial, otorgó por unanimidad a esta obra de Marta Barrio el XVII Premio Tusquets Editores de Novela.

*A mis primas, niñas trapecistas
y jóvenes revolucionarias*

Hasta que un día de noviembre de 1978 a las ocho de la mañana dos policías llamaron al timbre. Presentaron un papel y se llevaron a mi madre. Entonces, en la comisaría y en el juzgado, entre uniformes oscuros y togas, empezaron los cuentos de dragones y espadas. El tiempo se hizo petróleo. Nos manchó la ropa. En mi memoria queda un ruido blanco: paisajes difusos, casi borrados completamente, del ir y venir de mi madre. Dentro y fuera. Dentro. Paso días como si padeciese una fiebre exótica. Me sale una calentura. No recuerdo el orden exacto de los acontecimientos. Hay situaciones en las que no sé si mi madre, un holograma, estuvo o no presente. Hasta que desaparece del todo y yo paso una larga temporada con los Bagur.

La catástrofe de noviembre de 1978 queda registrada en nuestra caja negra. Aún hoy sobrecogen los estragos de esa grabación. Antes, durante y después vivimos emociones contradictorias. Incluso momentos buenos.

Después, la vida sigue porque, al fin y al cabo, nada es lo suficientemente devastador.

MARTA SANZ, *Daniela Astor y la caja negra*

|

La línea de deseo

MARÍA: No me preguntes. ¿No has tenido nunca un pájaro vivo apretado en la mano?

YERMA: Sí.

MARÍA: Pues lo mismo..., pero por dentro de la sangre.

FEDERICO GARCÍA LORCA, *Yerma*

Mi miedo era muy concreto; sus ramas, por el contrario, retorcidas y de límites imprecisos.

KATIXA AGIRRE, *Las madres no*

Cuando se dibujaron las dos rayas azules en la prueba de embarazo, me sentí adulta, de repente, casi por primera vez. A. me abrazó, íbamos a ser padres y nada haría mella en nuestra felicidad. Entre carcajadas, empezamos a enumerar nombres absurdos o frikis, de niño y de niña. Abilio. Padme. Facunda. Songoku. Pancracio. Yoda. Urraca. Bilbo. Gumersindo. Frodo. Aniceta. Gandalf. Primitivo. Amidala. Fulgencia. Obiwan. Godofredo. Cersei. Socorro.

Me tocaba constantemente la tripa para palpar aquel mundo secreto dentro de mí, del que solamente A. tenía constancia, en donde anidaba un ser misterioso que iría creciendo en las semanas siguientes hasta superar el tamaño de una semilla de amapola, de sésamo, un grano de arroz, un arándano y una frambuesa, según una aplicación de mi móvil que consultaba a todas horas. También podía elegir comparar su tamaño con el de un animal en lugar de una fruta: oso de agua, hormiga, mariquita, abeja, gusano de seda...

Me habían advertido del riesgo de aborto espontáneo del primer trimestre, y yo trataba mi cuerpo con delicadeza, como si fuera una vasija de fino cristal, siempre a punto de quebrarse. Mi vientre era un cofre que encerraba un precioso tesoro. En esos primeros días del verano, latía en mi interior un futuro insospechado, la promesa de una alegría inquebrantable.

Durante el mes de agosto, en las que iban a ser nuestras últimas vacaciones los dos solos, fuimos a las islas Eolias. En Vulcano, donde tenía su fragua el dios del fuego, me tapé la nariz y la boca con un pañuelo al asomarme al cráter humeante, y pensé en la lava oculta bajo la corteza

terrestre, en lo durmiente, lo que se gesta. Los cristales del azufre teñían de amarillo las laderas, y sus vapores olían a huevos podridos. Al bajar, me entraron náuseas y vomité a los pies del volcán. Aquel hedor infernal impregnó nuestras ropas y nos persiguió durante el resto del viaje.

2

Después del verano, según mi embrión iba alcanzando, sucesivamente, el tamaño de una uva, un dátil y un higo, o un caracol, una mariposa y una libélula, me sentía cada vez más cansada. Al volver del trabajo, me detenía en uno de los bancos del parque para observar a las mujeres con niños pequeños, quienes acababan de empezar el colegio. Quería aprender sus gestos, descifrar esos detalles que distinguen a una buena madre, hornear bizcochos de zanahoria con harina de espelta y leer cuentos por las noches. Todo me apetecía: conocer la ternura del recién nacido, hacer manualidades y pintar con ceras en cartulinas, empujar el columpio con la fuerza justa, saltar a la comba, jugar a la pelota y a las damas... Sabía que también habría noches en vela y fiebre y vómitos y visitas a urgencias de madrugada, pero era parte del trato.

Me preguntaba por el paradero de los padres. ¿Dónde se esconderían? La proporción en los parques por las tardes entre semana era muy desigual: veía a madres o abuelas o niñeras... Muchas mujeres, en todo caso, y pocos hombres. También me tocaría a mí recoger a nuestro hijo de la escuela. No podría contar con A. más que los fines de semana, y mi suegra era mayor y mi madre demasiado inconstante. Mi suegro no había cambiado nunca pañales, y no aprendería a estas alturas, y mi padre ya tenía suficiente con atender a sus gemelos. Mis amigas se podrían ofrecer a hacer de canguro, pero a la hora de la verdad estarían ocupadas con otras cosas, y no las culpaba.

No era buen momento. En realidad, nunca lo sería. Siempre habría alguna excusa, algún impedimento que se

interpusiera en el camino. Deseaba ser una madre leona, lamer a mi cachorro de arriba abajo para limpiarlo y respirar su olor.

Con la maternidad, no obstante, seguramente se esfumasen todas mis posibilidades de ser publicada algún día, de crear algo que mereciese la pena compartir, si es que era capaz de ello. ¿Cómo iba a sacar adelante mis proyectos narrativos con la doble jornada laboral, dentro y fuera de casa, que tendría que asumir debido a los horarios de A.? ¿Qué fuerzas me quedarían para la creación?

Por otra parte, había participado en certámenes literarios sin llegar nunca a ser premiada. Quizás no fuera lo suficientemente buena, a pesar de lo que aseguraba mi profesora de literatura de primero de bachillerato. O tal vez la falta de tiempo y de espacio me forzasen a dejar de procrastinar, y le robaría horas a la noche, convertida la escritura en una actividad clandestina y por tanto más deseada.

Llevaba años acariciando en secreto ese proyecto eterno de novela que nunca escribía, atrapada en una agónica búsqueda de la perfección, de esa primera frase contundente y poética, a la altura de los grandes nombres de la literatura universal y de mis alocadas expectativas. De ahora en adelante, no tendría una habitación propia. Subestimando mi capacidad para el autosabotaje, en un arranque de optimismo, me propuse entonces aprovechar los escasos meses que me quedaban de independencia y encerrarme los fines de semana frente al escritorio hasta derrotar al demonio de la página en blanco, alumbrando mi ópera prima mientras esperaba a mi primer hijo.

[Según el DRAE, entre los significados de la palabra *alumbrar* se encuentran: «dar luz y claridad a algo o a alguien», «parir a un hijo», «registrar, descubrir las aguas subterráneas y sacarlas a la superficie», pero también «disipar la oscuridad y el error, convertirlos en conocimiento y acierto».

Mientras se gesta una vida en esa madriguera que es mi cuerpo mutante, yo intento alumbrar una novela luminosa, que arroje luz sobre las sombras, que bucee en las aguas oscuras del fondo de los mares, y en la lava borbotante de volcanes supuestamente apagados. Tecleo sin pausa, intentando no releerme, porque cuando lo hago, pulso el botón de suprimir y elimino letra por letra todo lo escrito. Luego me envió al correo los borradores, para guardarlos en la nube y protegerlos de mi juicio implacable.

Estoy desperdiciando mi última oportunidad. Quizás haya más voluntad de destrucción que de creación en mí, o quizás solamente pueda crear una cosa a la vez, y mi cuerpo esté demasiado centrado en producir carne de mi carne, como para además obligar a mi mente a producir una obra maestra. Una novela es una creación desigual, quedan cabos sueltos y se cuelan banalidades, pero los autores conviven con la imperfección. Debería aprender a ser menos cruel conmigo misma.]